

LOS ÚLTIMOS FASCISTAS: JUVENTUD, POLÍTICA Y DICTADURA FRANQUISTA EN LOS AÑOS CINCUENTA

Sergio Rodríguez Tejada
Universitat de València

NOSOTROS, la juventud revolucionaria, no admitimos la normalidad; eso significa estancamiento, vil conformismo con lo hasta aquí realizado, y a nuestro entender no se ha hecho más que empezar. No podemos quedarnos paralizados en el camino. Pero en el supuesto de que la Revolución se hubiese concluido, no toleraríamos el estancamiento, la normalidad. Seguiríamos nuestro duro batallar hacia metas más ambiciosas y difíciles.

Si no aceptamos la normalidad, en ningún caso consentiremos el «volver» a la normalidad que nunca nos gustó. La vuelta a lo pasado, sea como sea, es antihistórica. Antijvenil¹.

Introducción

El estudio de la llamada «disidencia interna» en la dictadura franquista, como en cualquier régimen de naturaleza comparable, se enfrenta a una doble dificultad de partida. Hay, en primer lugar, un problema de recopilación de información, derivado del intento de numerosos participantes en los hechos de reinterpretar su pasada trayectoria política a la luz de intereses políticos posteriores. Ello afecta tanto a la fiabilidad de la memoria oral y escrita, como al acceso a determinadas fuentes documentales, hurtadas al escrutinio público por un particular celo garantista de la legislación vigente. En segundo lugar, hay un problema de interpretación de la información obtenida, por cuanto la misma noción de un disentimiento desde dentro plantea numerosas dudas sobre la sinceridad, determinación, coherencia y alcance de semejante posicionamiento político.

Si esta actitud opositora se asocia a posiciones falangistas se añade una tercera dificultad: la de la vieja discusión sobre la naturaleza, fascista o no, del franquismo; sobre el papel del partido único en su seno; y sobre las adaptaciones –renuncias– ideológicas que llevaron a muchos a transitar en algún momento de su trayectoria

¹ *Nosotros. Portavoz falangista de la Legión de Guías*, núm. 5 y 6, Valencia, 1953, Archivo personal de José María Adán García.

política desde un fascismo genuino en la juventud a un difuso y pragmático posfascismo de corte conservador que quiso justificarse, entre otras cosas, en el llamado «crepúsculo de las ideologías». Aunque la investigación de las últimas dos décadas ha clarificado notablemente este debate introduciendo matices muy necesarios para una conceptualización ajustada, todavía existen ciertas inercias teóricas que pueden complicar una adecuada validación de los hechos.

Hay un aspecto de la cuestión que merece todavía mayor atención: la recepción de los componentes críticos del discurso falangista y su apropiación selectiva por parte de aquellos sectores de la población descontentos, por una razón u otra, con la situación existente. Este proceso vino en parte determinado por la escasez de alternativas disponibles, por cuanto las contraculturas políticas de izquierdas habían sido prácticamente arrasadas y expulsadas del espacio público. Y se vio limitado por factores semejantes a los que afectaban al incipiente cristianismo social y a grupos minoritarios como el carlismo: sus retóricas y prácticas menos complacientes aparecían a menudo confundidas y subordinadas al discurso oficial de sus respectivas organizaciones matriz.

En ambos casos, los jóvenes tuvieron un importante protagonismo en esa reinterpretación y adaptación de las doctrinas victoriosas en la guerra civil. Diversos factores favorecían este hecho. En primer lugar, la experiencia histórica reciente había mostrado el potencial político juvenil y eso les hizo destinatarios de un discurso de atracción y reclutamiento especialmente dirigido a ellos. El fascismo, en particular, siempre había utilizado la juventud como metáfora de su proyecto revolucionario nacionalista. Era de esperar que la posición privilegiada de los falangistas en España como gestores exclusivos de las organizaciones juveniles oficiales –el Frente de Juventudes (FJ) y el Sindicato Español Universitario (SEU)– les llevase a mantener, o incluso intensificar, esa oferta.

En segundo lugar, la subordinación al Caudillo y la competencia permanente habían impulsado desde el principio a falangistas y nacionalcatólicos a intentar mejorar sus respectivas posiciones futuras mediante el adoctrinamiento de las nuevas generaciones, especialmente de aquellos sectores de las mismas destinados –por sus mejores oportunidades intelectuales y socioeconómicas– a ser los herederos del régimen, como eran en principio los estudiantes universitarios. El SEU constituía a

priori una ventaja para los falangistas, pero la escolarización previa en centros privados de la Iglesia y el atractivo asociativo de las organizaciones de Acción Católica ofrecían a sus rivales una compensación nada desdeñable, sobre todo porque no tenían que cargar con el desprestigio acumulado por el sindicato único por su labor fiscalizadora y represiva desde el final de la guerra civil. Por otra parte, el rol oficial del SEU no se veía nada favorecido por el desinterés, más que manifiesto, de las autoridades por la movilización juvenil, algo coherente con la política general de masas que había venido aplicando la dictadura.

En tercer lugar, las cohortes de edad nacidas después de la proclamación de la segunda república habían crecido en la nueva situación política y, en general, se habían adaptado a ella con mayor facilidad que sus mayores. Pero, a la vez, eran también quienes encontraban más estrechos los límites de la censura y la moral oficiales en una dictadura que exhibía permanentemente el recuerdo de la guerra civil. La actitud apática y desinteresada de los jóvenes españoles de la época ante cuestiones relacionadas con la política oficial –un motivo habitual de queja para las autoridades y los medios de comunicación– apenas ocultaba la brecha creciente que se estaba abriendo entre el poder establecido y las nuevas generaciones.

A la luz del movimiento estudiantil de masas de los años sesenta, caracterizado por una creciente politización de signo democrático e izquierdista, el sincretismo ideológico característico de muchos jóvenes de la primera mitad de los años cincuenta puede parecer extraño e incluso inverosímil. Sin embargo, era un producto esperable de las circunstancias de la época.

Como siempre, hay que establecer matices. En la universidad, el tamaño y el peso geopolítico de los dos grandes distritos de Madrid y Barcelona favorecieron que una parte de los jóvenes más inquietos –especialmente aquellos procedentes de familias antifranquistas– fuesen suficientes en número para agruparse por su cuenta y contar con recursos políticos propios, procedentes de lo que quedaba de las subculturas de izquierda (sobre todo, de la comunista), de los nacionalismos no españoles o de la democracia cristiana. A la vez, este hecho mantuvo un mayor nivel de confrontación política abierta, incluyendo el uso regular de la violencia por parte de los falangistas. Aunque sin duda hubo muchas posiciones ambiguas, la cesura entre leales y opositores fue mucho más nítida y lo fue antes. En cambio, las alternativas

doctrinales y la tensión política eran mucho más reducidas en los distritos de tamaño mediano o pequeño, lo que favoreció que la imagen pública de los falangistas no se deteriorase con tanta rapidez.

Salvo las minorías más politizadas, los jóvenes de la época estaban saturados de los viejos discursos políticos del pasado que la dictadura exhibía en sus historias de buenos y malos; y se guiaban, por el contrario, por ideales y prácticas más personales y cercanas. Este factor es clave para explicar la erupción de disenso que se produjo en la década siguiente, y también para constatar hasta qué punto fue producto del agotamiento de otras posibilidades de expresión. No basta con afirmar que era inevitable que los jóvenes acabasen rechazando el SEU: hay que explicar cómo y por qué.

La reactivación falangista en los años cincuenta

Los años cincuenta constituyen un periodo especialmente interesante para el estudio de las dinámicas internas del franquismo y, en particular, del complejo papel que el falangismo jugó en su seno. Durante la primera mitad de la década, el reconocimiento internacional y la ayuda económica en el contexto de la guerra fría, junto con el agotamiento definitivo de los focos de resistencia inspirados en el pasado republicano, garantizaron la consolidación y normalización de una dictadura que ya nadie veía como provisional. El relativo predominio en el discurso oficial de un lenguaje reaccionario, anticomunista y católico, intentaba, a la vez, hacer olvidar las incómodas alianzas del pasado reciente y presentar al «Centinela de Occidente» como un adelantado en la lucha contra el peligro rojo.

En la disputa por el poder dentro de la coalición franquista, los falangistas retenían la gestión de las organizaciones de masas de afiliación obligatoria e importantes parcelas de poder, pero su promoción personal implicaba aceptar el coste que ello suponía en términos de renuncia ideológica, sumisión burocrática y creciente competencia de sus rivales católicos. A pesar de que su relevancia política en España era una rareza en el contexto de Europa occidental –con la relativa excepción de Portugal–, el complicado juego de equilibrios en que se basaba el poder del Caudillo había facilitado una recuperación de las posiciones falangistas como contrapeso a las

ambiciones monárquicas y nacionalcatólicas: en 1948 la Secretaría General del Movimiento fue dotada de nuevo con un responsable en la persona de Raimundo Fernández Cuesta y tres años después recuperó la presencia en el gabinete con rango ministerial². En consecuencia, se produjo una reactivación organizativa e ideológica que vino a coincidir con la expresión de un malestar, difuso pero creciente, en diversos ámbitos de la sociedad española.

A medio y largo plazo los falangistas siempre cerraron filas y se aprestaron a defender la dictadura contra los enemigos exteriores, en particular contra la recurrente amenaza comunista. Sin embargo, a principios de los cincuenta aprovecharon la coyuntura para intensificar de manera calculada su ambiguo discurso de «disidencia interna». Con ello pretendían, simultáneamente, reivindicar su «revolución pendiente», combatir a sus rivales políticos en el seno del régimen —el «enemigo interior»—, exhibir sus capacidades de movilización popular y de absorción de las críticas como argumento de poder, y probar su lealtad a un líder, Franco, al que los más exaltados rendían pleitesía en público más por necesidad que por entusiasmo. Dado el reparto de las bazas, esta estrategia tenía pocas posibilidades de éxito, como pudo verse, en las crisis de 1951, 1953 y, sobre todo, en la de 1956. Pero, en su momento, era quizás la mejor estrategia posible para un movimiento político que había sobrevivido, enquistado pero todavía activo, a la derrota de los restantes fascismos en la segunda guerra mundial.

En el ámbito educativo, el rearme ideológico falangista se vio favorecido por el nombramiento de Joaquín Ruiz-Giménez en 1951 como titular de Educación. Típico ejemplo del político franquista de síntesis, habitual entonces, procedía de las filas católicas, pero se alió con sectores intelectuales y críticos dentro del falangismo agrupados en torno a Dionisio Ridruejo, algunos de los cuales se incorporaron a su equipo: Pedro Laín en el Rectorado de la Universidad Central de Madrid y Antonio Tovar en el de Salamanca. Frente a las tesis excluyentes del nacionalcatolicismo más reaccionario, les unía su defensa de una ambiciosa política de enseñanza, que incluía la dinamización de la universidad y la rehabilitación de antiguos catedráticos apartados

² PRESTON, P.: *Franco: «Caudillo de España»*, Barcelona, Círculo de Lectores, 1994, p. 763. PAYNE, S. G.: *Franco y José Antonio. El extraño caso del fascismo español*. Barcelona, Planeta, 1997, p. 611 (con error en la fecha). SAZ CAMPOS, I.: *España contra España. Los nacionalismos franquistas*. Madrid, Marcial Pons, 2003, p. 379 ss.

por delitos políticos. En esta nueva situación, el SEU debía sacudirse el enquistamiento burocrático y recuperar su papel como factor clave en la formación política y la movilización de los estudiantes. Independientemente de cómo la recordasen ellos años después, cuando ya habían adoptado posiciones antifranquistas, la política del nuevo ministro y de sus aliados no fue producto de una voluntad liberal o democrática, sino una estrategia destinada a mejorar la imagen internacional de la dictadura y a ganar posiciones de poder en el seno de la misma³.

La renovación del SEU podía venir inducida por, y ser parte de, un proyecto de alta política, pero al mismo tiempo fue obra de un colectivo de jóvenes que habían accedido a la universidad con una formación política previa en el Frente de Juventudes y, a menudo, gracias a sus becas. Muchos provenían de las llamadas Falanges Juveniles de Franco (FJF), la élite de la organización, y continuaron jugando un papel destacado en el SEU como minoría activista en la llamada Primera Línea, una agrupación de militantes en el seno del sindicato oficial creada en 1951. Aunque la tradición androcéntrica fascista la limitaba a los varones, no hay que olvidar la presencia en la Sección Femenina del SEU de numerosas jóvenes que, igual que sus compañeros, profesaban un falangismo puro y, por tanto, idealizado⁴.

Ejemplos de ello es que estos jóvenes de ambos sexos se apoyasen en el mito de José Antonio para criticar a Franco, o que el nombre de la propia Primera Línea estuviese tomado de las escuadras armadas que habían propiciado el clima de violencia previo a la guerra civil a la manera de las *Sturmabteilungen* (SA) nazis: una violencia a la que, por cierto, ellos mismos no renunciaban. Su ideario falangista –es decir, fascista– les parecía perfectamente compatible con una preocupación social e intelectual que iba más allá de las palabras y también con un fervor religioso que

³PAYNE, S. G.: *Franco y José Antonio...*, p. 616. BALDÓ LACOMBA, M.: «Excluyentes y comprensivos. La política universitaria de Ruiz-Giménez, 1951-1956», en NIETO, J. y COMPANY, J. M. (coord.): *Por un cine de lo real. Cincuenta años después de las «Conversaciones de Salamanca»*. Valencia, IVC, pp. 25-35. RUIZ CARNICER, M. A.: *El Sindicato Español Universitario (SEU), 1939-1965. La socialización política de la juventud universitaria en el franquismo*. Madrid, Siglo XXI, 1996, p. 277 ss. ÁLVAREZ COBELAS, J.: *Envenenados de cuerpo y alma. La oposición universitaria al franquismo en Madrid (1939-1970)*. Madrid, Siglo XXI, 2004, p. 49 ss.

⁴MARSAL, F.: *Pensar bajo el franquismo. Intelectuales y política en la generación de los años cincuenta*. Barcelona, Península, 1979. SÁEZ MARÍN, J.: *Frente de Juventudes. Política de juventud en la España de la posguerra (1937-1960)*. Madrid, Siglo XXI, 1988, pp. 131 y ss. CAÑABATE, J. A.: *Les organitzacions juvenils del règim franquista (1937-1960). Trajectòria general i evolució a les Balears*. Palma de Mallorca, Documenta Balear, 2004, pp. 116 ss. RUIZ CARNICER, M. A.: *El Sindicato...*, pp. 308-312.

rivalizaba con el de los jóvenes de Acción Católica. Desde otras posiciones políticas y/u otro momento histórico podrían parecer inconsistencias, pero todo ello tenía una evidente coherencia desde su propio punto de vista, sobre todo porque esas combinaciones se daban ya en el falangismo original⁵.

Como también sucedía en el Frente de Juventudes, ello no excluye que hubiese candidatos a ingresar en la Primera Línea atraídos por las ventajas sociales en forma de becas y residencias universitarias que la pertenencia les podía proporcionar. Pero lo interesante a la luz de la experiencia de movilización estudiantil posterior es que durante ese periodo en muchas universidades el círculo de estudiantes que militaba en la organización era el principal referente de la vida asociativa y cultural. A menudo no eran los hijos de los jefes del Movimiento los que integraban estos grupos, sino jóvenes con antecedentes familiares muy diversos que, a falta de una prevención ideológica específica, encontraban en ese activismo una oportunidad para desarrollar sus inquietudes personales.

En todo caso, como en otros momentos y en otras organizaciones muy diferentes, la gradación del compromiso y de la responsabilidad asumidos por cada uno permitían que una amplia orla de estudiantes poco o nada politizados pudiese relacionarse con una minoría militante y participar en sus actividades socioculturales. Quizás para muchos de los que frecuentaban los locales y actividades falangistas –o, al menos, no pocos testimonios lo recuerdan así años después– se trataba tan sólo de aprovecharse, sin mayores implicaciones, de unos servicios que sólo el SEU ofrecía, o que ofrecía mejor que nadie (no hay que olvidar la competencia de los católicos). Sin embargo, para los propios militantes era todo un éxito lograr atraer y mantener la atención de los estudiantes, en especial, de los más inquietos y populares. Con un gradualismo político que no mucho más tarde harían suyo otros grupos, ya radicalmente antifranquistas, asumían que primero había que mostrar su utilidad en la vida cotidiana de su audiencia potencial antes de llegar a convencer a nadie de la validez de su doctrina.

De nuevo, la proyección hacia el pasado de situaciones algo posteriores contribuye a crear confusión. Después de la crisis de 1956 y, sobre todo, a partir del

⁵RODRÍGUEZ TEJADA, S.: «El largo viaje a través del falangismo: Primera Línea del SEU y disidencia interna en los años cincuenta», *Spagna Contemporanea*, 37 (2010), pp. 99-116.

cambio de década, diversos núcleos antifranquistas estudiantiles presentaron candidatos independientes a las elecciones del sindicato oficial y después utilizaron los puestos de representación legal obtenidos para movilizar desde dentro a los universitarios contra los falangistas. Pero antes de 1956 la situación era bien diferente: donde existían, los pequeños grupos antifranquistas eran muy restringidos y trabajaban exclusivamente en la clandestinidad. Sus acciones se basaban en las estrategias de resistencia heredadas de la posguerra⁶. Como en otros ámbitos de la administración del Estado y del Movimiento, hubo casos de infiltración en el SEU, pero se trataba más bien de individuos aislados que actuaban como *topos* para obtener información, documentación o pasar propaganda por la frontera. Es cierto que en los años cincuenta se beneficiaron de la relajación general de los controles sobre los antecedentes personales y familiares que habían sido habituales en la década anterior. Sin embargo, ya se habían producido incluso cuando esas precauciones y represalias estaban aún vigentes⁷.

La diferencia sustancial entre 1950 y 1960 es que en la primera fecha eran los activistas falangistas los que se esforzaban por atraer a los estudiantes a las iniciativas sindicales, culturales y sociales que ellos impulsaban; mientras que diez años después habían perdido, *de facto*, el control sobre las mismas en numerosos distritos, aunque todavía muchas de ellas se realizasen formalmente bajo el paraguas institucional del SEU. En buena medida, la situación de 1960 era una consecuencia de la de 1950, porque fue ese calculado aperturismo falangista el que creó las condiciones que más tarde hicieron posible la ocupación de las estructuras oficiales por los disidentes demócratas. Lo que había cambiado, obviamente, es que los falangistas habían perdido su ascendiente sobre los estudiantes y, con ello, la hegemonía en el espacio público académico. Como resultado, se volvieron a lo que siempre había sido su último recurso, la tan manida dialéctica de los puños y las pistolas que fue la seña de identidad de los grupúsculos ultraderechistas hasta el final de la dictadura.

⁶ RODRÍGUEZ TEJADA, S.: «Estratègies d'oposició i moviment estudiantil antifranquista: una reflexió des del cas valencià», *Recerques*, 44 (2002), pp. 139-172.

⁷ Un análisis específico sobre las variedades de la infiltración antifranquista en RODRÍGUEZ TEJADA, S.: *Zonas de libertad. Dictadura franquista y movimiento estudiantil en la Universidad de Valencia (1939-1975)*. Valencia, PUV, 2009, volumen I, pp. 169-172.

El fascismo renovado del SEU en la práctica

Las medidas adoptadas al filo de 1950 para renovar el SEU y acercarlo a los estudiantes comenzaban por la propia actitud de los miembros de la Primera Línea, a los que se exigía una vida personal y académica ejemplar. La utilización de la excelencia académica como argumento a favor o en contra de una causa sindical o política constituía una tradición muy arraigada en la universidad, algo lógico si consideramos que el propio sistema de calificaciones había favorecido desde siempre la comparación entre los resultados obtenidos por los estudiantes. Al igual que otros grupos, como los cristianos de base y, más tarde, los propios comunistas, los falangistas quisieron ser referentes para sus iguales, para obtener más fácilmente atención para sus propios propósitos⁸.

Aunque el jefe de Distrito y los respectivos delegados de centro seguían siendo nombrados desde arriba, en 1951 se redujeron los controles establecidos sobre las elecciones a delegados de curso para incentivar la participación general y, llegado el caso, poder cooptar a jóvenes prometedores a los que se animaba a presentarse como candidatos independientes (una práctica esta habitual en organizaciones posteriores de muy distinto signo). En esa misma línea de encuadrar todos los posibles sectores de la población escolar, la normativa recordaba que desde 1944 las universitarias habían tenido derecho al sufragio activo en igualdad con los varones. Sin embargo, se suprimieron las antiguas regidoras de curso y de centro de la Sección Femenina que se habían establecido en los años cuarenta cuando superaban el treinta por ciento de la matrícula. Tácitamente se las excluyó de los cargos principales de responsabilidad de curso, centro y distrito. En 1953 fueron autorizadas para ocupar cargos menores, «preferentemente [...] actividades culturales y artísticas, tales como aulas de Cultura, Teatro, Coros, Cine-Club, Música, Pintura, etc.», en parte por la tradicional visión androcéntrica de la sensibilidad femenina, en parte porque eran efectivamente muy demandadas por las jóvenes, que solían concentrarse en estudios relacionados, como los de Filosofía y Letras⁹.

Para mostrar su eficacia en la atención a los problemas más prácticos, fueron actualizados los servicios asistenciales del sindicato, tales como becas, academias de

⁸ RODRÍGUEZ TEJADA, S.: *Zonas...*, I, pp. 195-196.

⁹ RODRÍGUEZ TEJADA, S.: *Zonas...*, I, pp. 199-200.

estudios, oficinas de gestión de ayudas y viajes, hogares-comedores y Colegios Mayores masculinos y femeninos. Además, se implantaron otros nuevos, como los Clubes Universitarios, concebidos para ser a la vez centros de dinamización de la vida sociocultural estudiantil y sedes de la Primera Línea. Como era de esperar, estos locales respondían a una concepción puramente fascista –a la vez política y creativa– del ambiente: eran *espacios totales* pensados para fomentar el adoctrinamiento a través de la decoración y el mobiliario. En ellos se mezclaban detalles del diseño más avanzado y obras de artistas de vanguardia –símbolos del carácter revolucionario de la organización– con recursos propagandísticos más tradicionales, como los retratos y eslóganes en sus muros.

Con el doble objetivo de legitimarse ante los estudiantes y de contribuir a la causa general falangista, en 1953 –unos meses antes del primer y único congreso de su organización matriz– el SEU organizó un Congreso Nacional de Estudiantes en la Ciudad Universitaria de Madrid que clausuró el propio Caudillo. Su principal resultado fue la aprobación de un Estatuto que atribuía al estudio «la máxima consideración social» y lo consideraba un «trabajo» y un «título suficiente para exigir tutela y asistencia social». Reconocía a cada universitario el carácter de «miembro de la comunidad nacional» y le daba derecho a participar «en la vida pública española a través de su Sindicato», al igual que «en las Juntas académicas y Órganos consultivos de carácter universitario», «con voz y voto». Las consecuencias directas del Estatuto fueron limitadas, pero resulta muy revelador cómo la posición estructural del SEU –colocado entre las autoridades y los estudiantes– le llevaba a reivindicar una identidad y unos derechos estudiantiles, a la vez muy atractivos y muy difíciles de satisfacer bajo una dictadura¹⁰. La retórica fascista, que había servido para combatir la democracia y para justificar la violencia franquista, y que continuaba siendo útil como instrumento de poder en la confrontación interna, podía llegar a tornarse subversiva al confrontarse con el incumplimiento sistemático de sus promesas. Cuando el falangismo renovado de los años cincuenta cesó en sus reivindicaciones, otros las mantuvieron y las dirigieron contra el propio SEU.

¹⁰ RUIZ CARNICER, M. A.: «El Sindicato Español Universitario (SEU) y el surgimiento de la oposición estudiantil al régimen», en TUSELL, J. et al., *La oposición al régimen de Franco. Estado de la cuestión y metodología de la investigación*. Madrid, UNED, 1989, tomo II, pp. 223-236.

Antes de que esto último sucediera, el SEU complementaba su oferta de asistencia social a sus afiliados y su tradicional fomento del estudio y de los deportes con una potente y renovada propuesta cultural, que deliberadamente desbordaba las expectativas de los jóvenes, por no decir el gusto convencional de la época. Quizás sea en esta fusión de arte y política donde mejor se aprecia la naturaleza genuinamente fascista de los jóvenes falangistas de los años cincuenta. Así como el fascismo original había surgido, como una suerte de futurismo político, en el contexto de las primeras vanguardias artísticas del siglo XX, este fascismo epónimo que pervivía y rebrotaba en España retenía ese potencial de absorción de novedades y era capaz de utilizar las formas expresivas de mediados de siglo como vías de expresión. El SEU promocionaba a jóvenes artistas plásticos, mediante becas, exposiciones, premios y encargos de trabajo, y después se atribuía el éxito de estos «compañeros de viaje», una estrategia a la que también recurrieron después los comunistas españoles. Como se ha mencionado más arriba, algunos de los más destacados representantes de las vanguardias españolas de mediados de siglo, tales como el informalismo y el arte cinético, participaron en la decoración de locales del sindicato y garantizaron una ilustración de primera fila en sus publicaciones¹¹.

Los medios escritos, como los carteles y las revistas, eran posiblemente la forma más característica del *agit-prop* del SEU. Además de difundir las opiniones de los falangistas, cumplían otras funciones complementarias mediante la atracción de colaboradores independientes –la mayoría jóvenes, pero también algunos adultos– interesados en poder escribir sobre cuestiones que les interesaban. De esa forma, se captaban nuevos talentos y se obtenía información de primera mano del estado de opinión en la universidad, presentando al SEU como un ámbito de tolerancia y «crítica constructiva». Los propios falangistas utilizaban estas tribunas para exhibir su apertura de miras, que les llevaba a saludar el carácter nacional revolucionario de causas anticoloniales como las de Argelia y Cuba, a valorar favorablemente el impulso rebelde juvenil que se expresaba mediante nuevas músicas como el *Rock n' Roll*, o a denunciar el abandono al que estaban sometidos los sectores sociales más humildes en la España franquista¹².

¹¹ RODRÍGUEZ TEJADA, S.: *Zonas...*, I, p. 213.

¹² RODRÍGUEZ TEJADA, S.: *Zonas...*, I, pp. 283 y 324-327.

Como puede verse, las publicaciones del sindicato trataban una gran diversidad de cuestiones y solían hacerlo con un tono polémico, que no era sino una variación de las típicas estrategias retóricas de los medios falangistas adultos. Era habitual el uso de referencias veladas para criticar tanto al «enemigo exterior» comunista como al «enemigo interior» reaccionario. Al igualarlos implícitamente, su propia alternativa a ambos emergía como una deseable tercera vía, a la vez nacional y revolucionaria. En realidad, la principal novedad respecto a los órganos del fascismo clásico era que en esta ocasión era necesario adaptarse al hecho de formar parte, aunque fuese en una posición subordinada, de la estructura política establecida.

Por otra parte, los falangistas apostaron fuerte por el teatro como instrumento de movilización, siguiendo en buena medida los éxitos previos del teatro universitario republicano. Ya durante la guerra civil su Teatro Español Universitario (TEU) se había apropiado de los recursos capturados al enemigo. En la segunda mitad de los años cuarenta se había desarrollado un nuevo interés por el teatro experimental y de cámara. Se representaron obras de vanguardia que expresaban la crítica falangista, como *Escuadra hacia la muerte* de Alfonso Sastre¹³, pero también las de autores españoles y extranjeros igualmente muy alejados estéticamente y políticamente del teatro autorizado en las salas comerciales, lo que atrajo a las funciones a un público de edad y orientación muy diversa. Testimonios posteriores han presentado esta convivencia como una claudicación del SEU, pero nuevamente hay que recordar que desde el punto de vista de sus dirigentes se trataba más bien de un proyecto de cooptación adaptado a un contexto despolitizado y ávido de novedades, algo singularmente cierto en las ciudades de provincias. No podían sino alegrarse al ver que las representaciones no sólo interesaban a jóvenes, sino también a intelectuales adultos con los que podían relacionarse. Ese era el objetivo de la política cultural falangista por aquel entonces¹⁴.

Por último, los medios de comunicación de masas –y, en particular el cine– habían atraído desde el principio el interés de los movimientos revolucionarios del primer tercio del siglo. Ya en los años cuarenta y no sin problemas con las autoridades, la crítica cinematográfica de las revistas del SEU había atacado duramente el cine más

¹³ MARTÍNEZ-MICHEL, P.: *Censura y represión intelectual en la España franquista: El caso de Alfonso Sastre*, Hondarribia, Hiru, 2003.

¹⁴ SAZ CAMPOS, I.: *España...*, p. 379 ss.

comercial, incluyendo las producciones propagandísticas de orientación nacional-católica auspiciadas por el gobierno. Al mismo tiempo, saludaban con entusiasmo propuestas novedosas como las del neorrealismo italiano, al que reconocía su orientación de crítica social. Los cine-clubes de la organización recibieron un nuevo impulso, proyectando cine clásico, político y de autor, con el propósito de educar el gusto de los asistentes. Tras la proyección, era habitual que se organizaran coloquios entre los promotores y un público muy variado, en los que se aprovechaba para expresar opiniones críticas de tipo artístico, social y político: un precedente que supieron continuar y adaptar disidentes más decididos en la década siguiente¹⁵.

Además de esta amplia y agresiva oferta cultural, la otra gran apuesta fue el Servicio Universitario de Trabajo (SUT)¹⁶. Tampoco era una novedad radical, puesto que actualizaba una orientación propia del nacional-sindicalismo que ya había quedado apuntada –aunque nunca se llegase a desarrollar– en la Ley de Organización Universitaria de 1944. De alguna forma, se presentaba como complemento simétrico de los servicios asistenciales y formativos que prestaba el SEU a sus afiliados, al invitar a estos a devolver a la sociedad una parte de los beneficios recibidos.

Otra vez puede apreciarse aquí la capacidad sincrética del falangismo de los años cincuenta, ya que combinaba experiencias autóctonas previas de carácter independiente con el ejemplo coetáneo de un amplio movimiento europeo de campos de trabajo de orientación social y/o cristiana. Sus objetivos eran diversos: combatir la actitud y la imagen de «señoritos» que tenían los universitarios, fomentar la colaboración interclasista y, sobre todo, encauzar la inquietud social juvenil. La idea era mostrar la alternativa práctica y eficaz que suponía la «revolución pendiente», opuesta por igual al clasismo reaccionario predominante y a la oposición «destruktiva» del histórico enemigo comunista. Ahora bien, como se ha mencionado respecto al Estatuto del Estudiante, la propuesta del SUT se veía lastrada por el tremendo choque con las realidades rurales y suburbanas de la España franquista. Por mucho que el voluntariado se concibiese como una herramienta para aliviar la miseria y el analfabetismo, la propia retórica extremista que la acompañaba desmentía su utilidad

¹⁵ RUIZ CARNICER, M. A.: «Amor, fe y aventura. El cine y el SEU antes de Salamanca», en NIETO y COMPANY: *Por un cine...*, pp. 37-49. LLORENTE, A.: *Arte e ideología en el franquismo (1936-1951)*. Madrid, Visor, 1995, pp. 251-274. RODRÍGUEZ TEJADA, S.: *Zonas...*, pp. 213-215.

¹⁶ RUIZ CARNICER, M. A.: *El Sindicato...*, p. 437 ss.

y podía fomentar, por contraste, sentimientos de decepción e indignación, no sólo contra el gobierno, sino también contra un movimiento que se decía radical, pero que nunca se atrevía a ser totalmente consecuente en su rechazo al orden establecido. De hecho, para muchos jóvenes concienciados, el SUT fue un estadio de paso hacia compromisos políticos más resolutivos.

Los límites del nuevo falangismo

Este contraste entre lo que se decía y lo que finalmente se hacía también era evidente para los propios activistas de la Primera Línea, que no podían dejar de advertir que ellos mismos pecaban de aquello que más echaban en cara a sus propios mandos. Eso les llevaba a intentar demostrar su mordiente en acciones menores, que además contaban con una cierta tolerancia por parte de la policía, tales como realizar pintadas nocturnas contra el capitalismo o encabezar puntualmente manifestaciones estudiantiles por cuestiones escolares de corto alcance. Aunque ya en los años cuarenta se habían producido incidentes del primer tipo, la disposición a apoyar protestas públicas sí constituía una novedad, ya que en el pasado se habían esforzado precisamente en evitarlas: por tanto, no dejaba de formar parte de la nueva actitud asumida por los militantes del SEU¹⁷.

Sin embargo, había una doble limitación para emprender acciones subversivas de verdadero calado. Por un lado, a pesar de que continuaban encargados de supervisar a los estudiantes, se sabían controlados ellos mismos por los diversos servicios de seguridad de la dictadura, que de manera rutinaria mantenían un sistema de vigilancias cruzadas formado por la Brigada Social, la Guardia Civil, los diversos servicios de inteligencia militar y los de la propia Falange. Por otro lado, y mucho más importante, aunque parafraseasen constantemente a José Antonio diciendo que España seguía sin gustarles, la mayoría de los jóvenes falangistas se sentían demasiado vinculados a la herencia del 18 de julio como para emprender iniciativas que realmente pudiesen ponerla en peligro. Cada vez que se implicaban en un conflicto con las autoridades, el temor a verse desbordados por la «disidencia externa» los devolvía

¹⁷ MESA, R.: *Jaraneros y alborotadores. Documentos sobre los sucesos estudiantiles de febrero de 1956 en la Universidad Complutense de Madrid*. Madrid, UCM, 1982, p. 81-82. LIZCANO, P.: *La generación del 56. La Universidad contra Franco*. Barcelona, Grijalbo, 1981, p. 103. RODRÍGUEZ TEJADA, S.: *Zonas...*, pp. 243-245.

por sí solos al redil. Y aquellos pocos que persistían no tardaban en tener encima a las fuerzas de seguridad.

Estos mecanismos se hicieron notar en las dos principales crisis políticas en que la Primera Línea se vio envuelta directamente: el boicot a los tranvías de Barcelona de 1951 y los enfrentamientos en la Universidad Central de Madrid de 1956¹⁸.

En los hechos de la capital catalana no sólo estuvieron envueltos activistas del SEU, sino también militantes de la Central Nacional Sindicalista (CNS) y algunos intelectuales falangistas. Estos sectores críticos saludaron inicialmente una protesta popular que había surgido de manera espontánea y muchos incluso se sumaron a ella. Pero cuando comprobaron la magnitud que estaba adquiriendo, la mayoría vaciló y finalmente se unió a la policía en las labores de represión. Eso no evitó que se realizase una purga interna contra los elementos clasificados como más peligrosos –en especial adultos afines al ridruejismo– ante el temor a que se extendiese la rebelión a otros lugares, como Granada y Valencia, donde el falangismo crítico también había expresado su descontento¹⁹.

Los hechos de Madrid fueron mucho más graves y acabaron precipitando la destrucción de la Primera Línea. Los primeros síntomas de alarma aparecieron en enero de 1954. La dirección del SEU fue incapaz de enfrentarse a sus superiores y protestar abiertamente contra la represión indiscriminada sufrida por las demostraciones que ellos mismos habían convocado en diversas ciudades con ocasión de la visita de la reina británica a Gibraltar. La hipocresía manifiesta de asumir la versión oficial, que culpaba a los estudiantes y que todo el mundo sabía falsa, abochornó a los propios falangistas, pero lo peor es que echaba por la borda el esfuerzo invertido en presentarse como portavoces genuinos de sus compañeros. A partir de entonces también se rompió la sintonía que había existido con las autoridades académicas. El propio rector de la Universidad Central, Pedro Laín,

¹⁸ La crisis de 1953 –desencadenada por la intervención personal de Franco para acallar el enfrentamiento abierto entre nacional-católicos y falangistas– les afectó también, pero tan sólo por ser parte de Falange. SAZ, I.: *España...*, 396-397.

¹⁹ COLOMER, J. M.: *Els estudiants de Barcelona sota el franquisme*. Barcelona, Curial, 1978, vol. I, p. 85 ss. CAZORLA SÁNCHEZ, A.: *Las políticas de la victoria. La consolidación del Nuevo Estado franquista (1938-1953)*. Madrid, Marcial Pons, 2000, pp. 179-200. FANÉS, F.: *La vaga de tramvies del 1951*. Barcelona, Laia, 1977, pp. 44-47, 82 ss. y 163. RODRÍGUEZ TEJADA, S.: *Zonas...*, I, pp. 216-219.

comenzó a aceptar como interlocutores a un grupo de estudiantes independientes, rompiendo de hecho el monopolio del SEU²⁰.

En octubre de 1955 la dirección del sindicato dimitió en protesta por esto último. Sin embargo, la Primera Línea estaba sumida en la duda, porque dos de sus referentes intelectuales y políticos, Dionisio Ridruejo y Miguel Sánchez-Mazas, también estaban en conversaciones con sus nuevos rivales en la universidad. Los activistas de ambas tendencias coincidieron en un acto de homenaje póstumo a Ortega y Gasset que acabó derivando en una expresión de rechazo contra el gobierno. En noviembre de ese año, jóvenes falangistas concentrados en El Escorial le gritaron su resentimiento al propio Franco. La presencia de un colectivo rival estaba colocando a los militantes del SEU entre la espada y la pared: habían perdido el control de la situación y ya no podían seguir con sus ambigüedades retóricas.

En febrero de 1956 el colectivo independiente de estudiantes redactó un manifiesto que desafiaba públicamente a la dictadura. Algunos destacados dirigentes del SEU de Madrid aceptaron firmarlo, cruzando peligrosamente la línea que separaba la crítica interna de la oposición. La Primera Línea reventó definitivamente. Malgrado su proyecto político, sólo quedó la violencia escuadrista. Como había sucedido en 1951, un sector intentó demostrar su lealtad al Caudillo atacando la Facultad de Derecho, golpeando a alumnos y profesores en dos ocasiones. El segundo asalto fue planificado por el propio ministro de la Gobernación, Blas Pérez, y contó con refuerzos adultos de la Guardia de Franco. A pesar de que el ministro había prohibido expresamente que militantes ajenos al SEU entraran en el edificio, sus instrucciones no se respetaron. Esto tiñó el conflicto de odio de clase contra los «señoritos» estudiantes y puso la acción fuera de la ley, pues su intervención ya no podía presentarse como un ejercicio de las competencias de orden público del sindicato. En cambio, otro sector de la Primera Línea intentó defender a los estudiantes y la propia Facultad, queriendo hacer cumplir esa misma normativa²¹.

²⁰ SALGADO-ARAUJO, F.: *Mis conversaciones privadas con Franco*. Barcelona, Planeta, 1976, p. 156. MESA, R.: *op. cit., passim*. LIZCANO, P.: *op. cit.*, p. 95 ss., RUIZ CARNICER, M. Á.: *El Sindicato...*, p. 286 ss. HERNÁNDEZ SANDIOCA, E.: "Universidad y oposición al franquismo: Reflexiones en torno a los sucesos de 1956 en Madrid", en TUSELL, J. et al.: *op. cit.*, tomo II, pp. 185-190. ÁLVAREZ COBELAS, J.: *Envenenados...*, p. 68 ss.

²¹ LIZCANO, P.: *op. cit.*, p. 136 ss. PRESTON, P.: *Franco...*, p. 803. PAYNE, S. G.: *op. cit.*, p. 622. RODRÍGUEZ JIMÉNEZ, J. L., *Historia de la Falange Española de las JONS*, Madrid, Alianza, 2000, pp. 492 y 506-507. MESA, R.: *op. cit.*, pp. 117-119. RODRÍGUEZ TEJADA, S.: *Zonas...*, I, p. 248.

En un choque callejero posterior, dos jóvenes falangistas resultaron heridos por fuego amigo, uno de ellos de gravedad. En medio de la confusión, sus camaradas pidieron venganza y se temió una noche de cuchillos largos, dirigida, entre otros, contra el equipo de Ruiz-Giménez, al que ahora se acusaba de traición. Todo ello provocó la primera declaración de Estado de excepción de la dictadura y la destitución del ministro Secretario General del Movimiento y del titular de Educación. Aunque estos hechos han sido presentados a menudo como el inicio del posterior movimiento estudiantil de oposición al franquismo —el grupo de estudiantes independientes resultó estar encabezado por activistas comunistas—, los antecedentes y el mismo tratamiento que les dio el dictador permiten relacionarlos con los enfrentamientos internos entre las facciones en el poder y con la impotencia del falangismo crítico para encabezar una contestación consecuente.

En todos los distritos los militantes del SEU encontraron muy difícil aceptar la versión oficial. Las acusaciones de connivencia con el comunismo formuladas contra Ridruejo les resultaban poco creíbles, sobre todo porque podían referirse también a ellos mismos. Sin embargo, una vez más, su indecisión los traicionó. Su tensa inacción y sus esfuerzos por evitar que lo ocurrido pudiese ser aprovechado por activistas de la oposición fueron interpretados por muchos estudiantes como una evidencia de su complicidad con el inmovilismo de la dictadura²².

Igual que en 1951, estas vacilaciones no les servirían para eludir represalias, y estas fueron proporcionales a la sensación de alarma creada. El modelo de sindicato único impulsado por el falangismo crítico fue juzgado demasiado peligroso por las autoridades políticas y se optó por abandonarlo y devolver al SEU a la senda de la despolitización. Entre 1956 y 1961 fue separado del Frente de Juventudes y se modificaron sus Estatutos, la Sección Femenina, sus servicios sindicales y la administración económica. Buscando inspiración en otros países, tres normativas electorales sucesivas fueron promulgadas con la intención de atraer a los estudiantes a una estructura representativa puramente gremial, del estilo del sindicalismo corporativo portugués²³.

²² MESA, R.: *op. cit.*, pp. 256-257. RODRÍGUEZ TEJADA, S.: *Zonas...*, I, pp. 252-253.

²³ RUIZ CARNICER, M. A.: *El Sindicato...*, p. 320 ss. YSÀS, P.: *Disidencia y subversión. La lucha del régimen franquista por su supervivencia, 1960-1975*, Barcelona, Crítica, 2004, pp. 3-4. RODRÍGUEZ TEJADA, S.: *Zonas...*, I, pp. 259-271.

Numerosos testimonios de antifranquistas de la época han resaltado que estas reformas favorecieron, sin pretenderlo, la penetración antifranquista en los cargos electos del SEU. Pero a los ojos de los falangistas críticos lo peor fue ver su proyecto arrasado, arrebatadas sus principales competencias –como ocurrió de facto con las de seguridad después de la ley de orden público de 1959–, el sindicato sometido completamente al control de las autoridades académicas y la causa falangista derrotada en el gobierno. Y es que, si la reactivación del SEU había sido posible por la pasajera recuperación de su propia facción política, la crisis de 1956 fue una excelente excusa para que sus rivales nacional-católicos desplegasen un contraataque en toda regla. Apoyados en la creciente influencia de Luis Carrero Blanco y en la necesidad de una nueva gestión económica que evitase una crisis social de consecuencias imprevisibles, en 1957 el desembarco de los tecnócratas del Opus Dei en el gobierno acabó por proporcionarles el mayor peso político que era posible ostentar bajo la égida del Caudillo.

El vaciado al que fue sometido el SEU supuso la aplicación en la universidad de este cambio político general. Y no fue un acontecimiento menor, considerando que su monopolio sobre los estudiantes había sido el mejor bastión en el ámbito educativo. Por otra parte, si el servilismo de los activistas falangistas ante la dictadura les había privado de buena parte del mucho o poco apoyo que habían logrado obtener en los diversos distritos, la vivisección que sufrió el SEU les arrebató la mayor parte de su poder y los expuso a ser vistos por los estudiantes como unas meras marionetas a las que ahora se les veían claramente los hilos.

En realidad, lo peor de todo fue que los jóvenes que habían integrado la Primera Línea y tanto habían criticado el orden establecido no sólo encajaron sin rechistar todos estos golpes, sino que además colaboraron activamente en el desmantelamiento de su propia obra sindical. Detrás de este comportamiento hay una mezcla, en proporciones diferentes según la persona, de temores diversos: a sufrir represalias y perjudicar sus expectativas personales, al vacío que suponía una ruptura abierta, a perjudicar la causa en la que habían sido educados, a romper el principio de liderazgo...

De una manera u otra, tampoco había nadie más a quien la dictadura pudiese recurrir. Por tanto, los cuadros dirigentes del SEU continuaron mayoritariamente ocupados por antiguos miembros de la desaparecida Primera Línea. Fueron ellos los que censuraron al TEU cuando fue objeto del ataque de los militares y de la prensa

conservadora, los que eliminaron cualquier referencia elogiosa al *Rock n' Roll* y a los procesos revolucionarios tercermundistas de las revistas del SEU, y los que refrenaron el celo social de los jóvenes voluntarios del SUT. Fueron aquellos falangistas una vez críticos los que, en definitiva, integraron las escuadras de las Falanges Universitarias (FU), el penúltimo escalón de un proceso degenerativo que sólo dejó como residuo la violencia al servicio de la policía de Defensa Universitaria y los grupos ultraderechistas posteriores²⁴.

Presionados desde arriba por unos mandos que rechazaban cualquier concesión y desafiados desde abajo por unos activistas democráticos que iban ocupando una a una las posiciones que ellos abandonaban –logrando así un creciente apoyo entre los estudiantes– los antaño críticos falangistas estaban ya fuera de tiempo y de lugar, incluso desde un punto de vista generacional. De forma parecida a los activistas de la Federación Universitaria Escolar (FUE) que resucitaron brevemente el sindicato republicano en los años cuarenta y no tuvieron después quien los reemplazase, estos otros jóvenes que habían llegado a la universidad sintiéndose orgullosos de ser los «hermanos menores» de los camaradas del 18 de julio y de la División Azul ya no sabían hacia 1960 a qué carta quedarse.

Unos aceptaron los hechos consumados y aceptaron un posfascismo interesado que les garantizaba un ascenso político en la estructura del régimen: los antiguos jefes nacionales Jesús Aparicio Bernal y Rodolfo Martín Villa representaron un caso extremo, ya que en 1965 llegaron a participar como asesores en la liquidación del SEU. Otros acabaron sus estudios y dejaron atrás un pasado político lleno de frustraciones. Y otros más, definitivamente decepcionados con la dictadura, optaron por integrarse en la oposición antifranquista a través de diversas organizaciones, incluido el propio Partido Comunista. Ello no obsta para reconocer que, incluso los primeros, a su manera, contribuyeron años después al advenimiento de la democracia actual.

Conclusiones

Para concluir esta comunicación, resulta imprescindible resaltar varios puntos que pueden ayudar a interpretar adecuadamente el rol que jugó el falangismo crítico universitario en los años cincuenta.

²⁴ RODRÍGUEZ TEJADA, S.: *Zonas...*, I, pp. 283-285.

En primer lugar, resulta evidente que la apuesta de estos jóvenes falangistas por una «disidencia interna» estaba condenada al fracaso. No sólo porque fuese producto de una determinada coyuntura política atípica en el contexto internacional, sino también porque los obligaba a una posición de complicidad con el orden establecido que chocaba frontalmente con sus proclamas de radicalismo práctico y coherencia política.

En segundo lugar, es fundamental que se aprecie hasta qué punto no es posible desvincular lo que sucedía en un ámbito social determinado –especialmente uno tan relevante como era la universidad– de las dinámicas de la dictadura en su conjunto. Y ello doblemente, puesto que la ventana de oportunidad en la que se desarrolló el falangismo crítico, entre 1948 y 1956, se abrió por un cambio en el campo de fuerzas franquista; pero, a la vez, lo que ocurría en un sector social determinado podía influir, y mucho, en esa resultante global de vectores políticos del régimen, como sucedió cuando la crisis universitaria de 1956 fue utilizada por los nacional-católicos para reducir de nuevo la fuerza falangista en el gabinete.

En tercer lugar, por más que esta experiencia demuestre que cabían pocos espacios de ambigüedad entre el franquismo y el antifranquismo, también revela que lo ocurrido en el seno de la dictadura influía en la oposición, al menos tanto como el estado de la opinión pública pesaba en el ánimo de los dirigentes franquistas. Y en ambos casos mucho más de lo que unos y otros estaban dispuestos a reconocer. En la cuestión que nos ocupa, fue el deseo de paliar el escaso entusiasmo que el régimen despertaba entre los estudiantes lo que llevó a las autoridades a propiciar el experimento de la reactivación del SEU a principios de los años cincuenta. Ese mismo objetivo condujo a partir de 1956 a despolitizar el sindicato y abrirlo a la participación estudiantil, y en 1965 a abolirlo y sustituirlo por unas Asociaciones Profesionales de Estudiantes (APE) supuestamente independientes. De la misma forma, el potencial de movilización popular que revelaron las crisis de 1951 y de 1956 contribuyó al cambio de la política de masas del Partido Comunista en su apuesta por la reconciliación nacional, así como también 1956 fue la inspiración para que surgiesen nuevos grupos estudiantiles de oposición, como la Agrupación Socialista Universitaria (ASU) y el Frente de Liberación Popular (FLP).

En cuarto lugar, el recorrido por las prácticas del falangismo crítico durante la primera mitad de los años cincuenta permite realizar comparaciones con otras

experiencias de activismo estudiantil, anteriores y posteriores, que vienen a mostrar una pauta que se ha repetido, con algunas diferencias, independientemente del signo político que inspirase a los militantes que propiciaban en cada momento la movilización juvenil. La defensa de una identidad estudiantil diferenciada, los esfuerzos de los militantes por convertirse en referentes simbólicos para sus compañeros, la necesidad de probar la utilidad cotidiana de sus propuestas, el recurso a los murales y revistas para difundir sus ideas, el uso de estas colaboraciones y de las elecciones para reclutar a los más despiertos, el aprovechamiento de cualquier tertulia –como los debates después de las proyecciones en los cine-clubs– para agitar la polémica: en definitiva, esta politización mediante la práctica constituye otra aplicación del viejo principio de posibilidades limitadas y permite referirse a las peculiaridades genéricas de la política estudiantil en la época contemporánea.

En quinto y último lugar, por más que los luchadores antifranquistas pudiesen creer lo contrario, los estudiantes no repudiaron el SEU tanto por su ideología falangista, como por ser parte de la dictadura de Franco. Cuando los falangistas actuaban de una manera crítica y consecuente, podían esperar un cierto apoyo entre, al menos, un sector considerable de los estudiantes. Y, más importante todavía, no daban oportunidades añadidas a otras opciones para crecer y desarrollarse. Eso sucedió en fechas tan tardías como finales de los años cincuenta, en las que todavía encontramos en algunos distritos ejemplos de falangistas convocando auténticas manifestaciones de protesta y logrando un seguimiento masivo: por ejemplo, en un intento puntual de paliar las medidas contra el TEU de la Facultad de Filosofía y Letras de Valencia. Cuando esa sensibilidad ante los intereses y preocupaciones de los jóvenes cesó completamente, nada hubo ya que los vinculase a ellos.

Esto tiene dos implicaciones que pueden resultar sorprendentes, pero no por ello dejan de ser importantes. La primera es que el antifranquismo pudo combatir al SEU hasta destruirlo, en parte porque los activistas falangistas renunciaron –por interés personal, por lealtad o por indecisión– a ser consecuentes con su retórica crítica. La segunda es que los activistas antifranquistas no consiguieron la complicidad y el apoyo de la mayoría de los universitarios en la segunda mitad de los sesenta meramente porque fuesen de izquierdas, o porque se limitaran a utilizar una retórica

democrática, sino porque con su práctica participativa y de reivindicación coherente demostraron las ventajas –en términos de liberación, experimentación y afirmación colectiva e individual– que sus propuestas podían tener para el resto de los estudiantes.